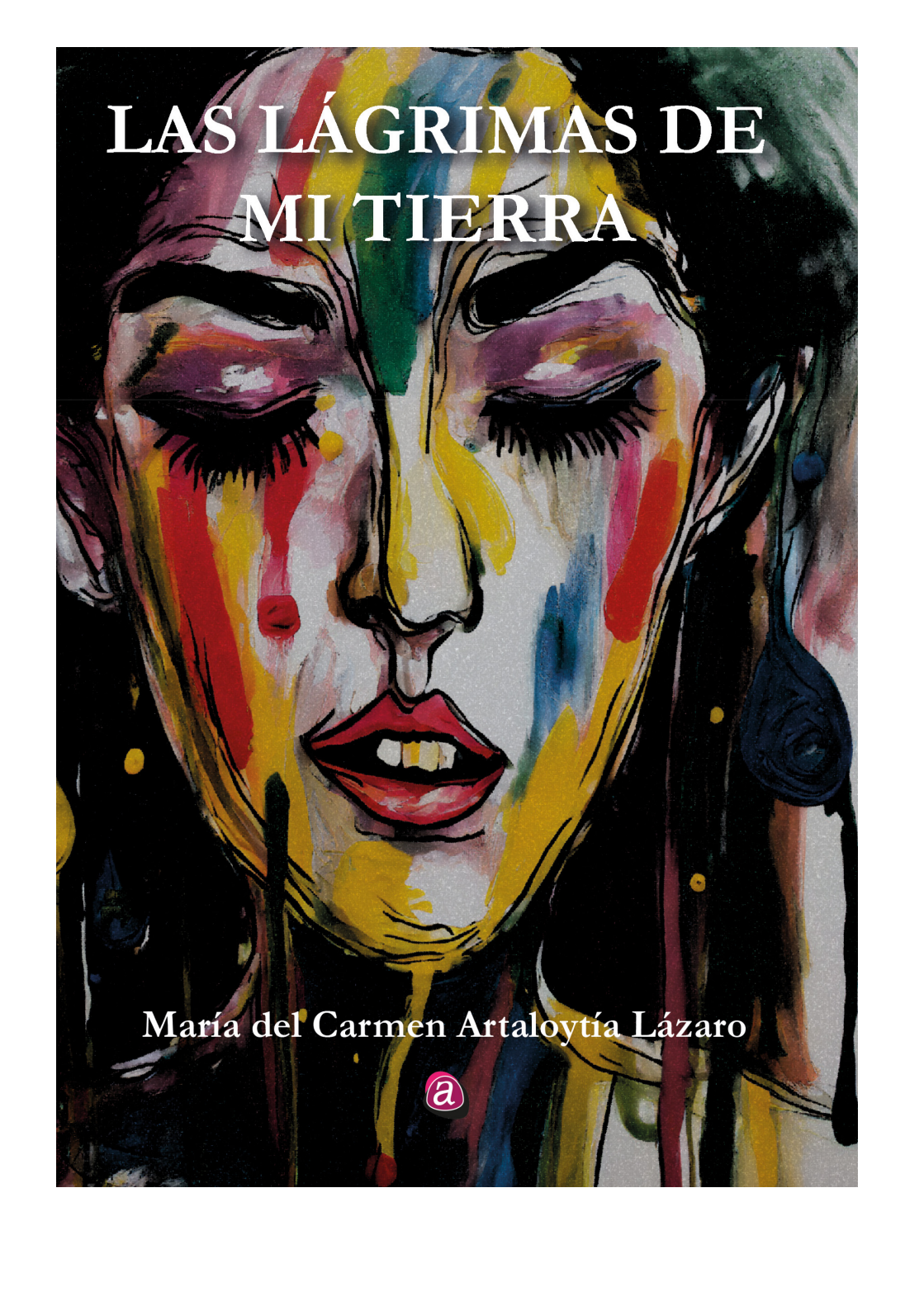


An abstract, expressive painting of a woman's face. The face is the central focus, rendered with bold, dark outlines and filled with a mix of white, yellow, and pinkish tones. The eyes are closed, with long, dark, and thick eyelashes. The lips are painted in a vibrant red, slightly parted to show white teeth. The background and the face itself are adorned with thick, vertical strokes of various colors: bright yellow, deep red, and a mix of blue and green. The overall style is reminiscent of modernist or expressionist art, with a focus on color and form over realistic detail.

LAS LÁGRIMAS DE MI TIERRA

María del Carmen Artaloytía Lázaro



LAS LÁGRIMAS DE MI TIERRA

María del Carmen Artaloytía Lázaro



Ediciones Albores

LAS LÁGRIMAS DE MI TIERRA

1ª Edición: Sevilla a 15 de Noviembre de 2023

©Copyright de la obra: Berit Balzer

©Copyright de la edición: Ediciones Albores

Email: info@edicionesalbores.com

ISBN: 978-84-19946-35-5

Web editorial: www.edicionesalbores.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra, así como su contenido y/o el diseño de portada y contraportada.

La editorial se exime de toda responsabilidad sobre los posibles daños o perjuicios que pudiera ocasionar el contenido mismo de la obra.

CAPÍTULO I

LOLA

Mi pluma escribe con la tinta de mis lágrimas. Descubrí mi espalda y la expuse al sol, mi piel demasiado fina empezó a quemarse, yo no lo sentía. Después vinieron los ungüentos para que no me doliera y sanara, pero el ungüento me hizo sentir las quemaduras y sufrí. Otros ungüentos me sanaron y cubrí mi espalda con un lino, pero el viento la descubrió y mi piel se expuso de nuevo a las inclemencias del tiempo. Empecé a protegerme: de la lluvia, bajo las hojas de los árboles; de los vientos, entre muros, para dejarles pasar y comencé a caminar por los senderos de la vida. Mis lágrimas regaron la Tierra como las lágrimas de tantas mujeres maltratadas: por sus padres, sus esposos, sus hijos, sus hermanos, sus gobernantes ¿Quizás porque su destino así lo quiso? ¿Quizás motivadas por sus acciones? ¿Quizás programadas por su cultura o su sociedad? ¿Quién tiene derecho a saberlo? ¿Quién tiene derecho a decirlo? Llegaron los tiempos en los que aquellas lágrimas se convirtieron en lluvia que regaron los campos y donde hubo desierto y hojarasca, aparecieron riachuelos, campos donde cosechar, verdes praderas donde pastar y flores cuyo perfume inundaron la Tierra hasta llegar a los Cielos. Ahora al encontrarme en el crepúsculo mi vida, cojo de nuevo mi pluma y extraigo de mis venas mi sangre, para ser la tinta con la que escribir mi historia. Ha llegado ese momento en el que, aunque se desgarre tu alma, debes de contar tu verdad.

En la soledad de mi dormitorio, miraba a través de los cristales de la ventana a un cielo cubierto de estrellas. Su resplandor iluminaba parte de la habitación. No quería dejarme llevar por el dolor, ni que fluyeran mis lágrimas. Miré de nuevo mis notas, unas inmejorables notas que daban por finalizado mis estudios en la escuela, a pesar de ello, mi sueño de ser maestra no se cumpliría. No podía seguir estudiando, no iría ni al instituto, ni a la universidad. En mi casa no había dinero para ello. Cuando mi madre, Josefa, me

felicité por las notas, antes de que ella pudiera preguntarme, ¿qué era lo que deseaba hacer? le dije, que deseaba trabajar. No quería que sufriera y sintiera la impotencia de ver como su hija no cumpliría sus sueños. Sueños que tampoco se harían realidad en chicos en mí misma situación y que sin embargo otros sí llegarían a alcanzarlos.

Los cristales reflejaban mi imagen, la imagen de una chica de ojos color del castaño y pelo pajizo, más bien alta para mi edad, 12 años. En aquellos instantes echaba de menos la compañía de un hermano donde refugiar mi tristeza, pero mi madre no había querido tener más hijos.

Mi padre, Antonio, era peón de albañilería, como lo había sido su padre. Su paga no llegaba para pagar todos los gastos de la casa y aunque él lo sabía no le importaba gastarse parte de ella bebiendo y jugando a las cartas. Llegando, incluso, a pedirle dinero al prestamista. Dinero que luego tenía que devolver, al doble de lo prestado. Al irme haciendo mayor, empezaba a darme cuenta de lo que ocurría a mi alrededor y una de las cosas que empecé a ver, era que mi padre no me trataba con cariño y me hacía lo peor que se le puede hacer a una persona, ignorarla. No soportaba que mi madre, cuando yo enfermaba, me cuidara con tanta devoción, hasta el punto que ella tenía que darme la comida a escondidas. A mi madre tampoco le trataba bien, siempre estaba menospreciando todo lo que hacía y diciéndole que tenía que besar por donde él pisara, porque gracias a él, tenía un techo donde cobijarse y un trozo de pan para llevarse a la boca. Ella nunca le contestaba y terminaba por irse al corral a limpiar el gallinero. Por sus discusiones, me enteré de que mi abuelo materno, había sido capataz de obras pública. Falleció junto con mi abuela al despeñarse el autobús donde viajaban, por un barranco.

Mi otro abuelo había sido albañil y la bebida, terminó por llevárselo. Mi abuela a pesar de la mala vida que le daba, no pudo soportar el dolor, falleciendo a los pocos días.

No tenía recuerdos de ninguno de ellos, era muy pequeña cuando murieron. Mi madre jamás hablaba de su niñez poniendo como excusa que había transcurrido mucho tiempo y ya no se

acordaba y mi padre, no mantenía una conversación, que tuviera más de dos frases.

Mi padre tenía un único hermano, Santiago. Santiago, siendo aún muy joven emigró a Madrid y allí aprendió el oficio de carpintero. Se caso con una madrileña, Adela. Tuvieron una hija, Sofía, dos años mayor que yo. Sofía era una niña tonta y creída. Alardeando siempre, de que iría a la universidad. Nunca quiso salir conmigo ni con mis amigos. Nos despreciaba porque nos consideraba unos pueblerinos que vivíamos en un pueblo que estaba sumergido en la miseria y en la incultura, hasta el punto de ser unos analfabetos, que ni siquiera éramos capaces de leer un libro. ¿Un libro?

¿Cómo íbamos a leer un libro? Si solo sabíamos trabajar y trabajar. Consideraba a los que vivía en la capital más inteligente de los que vivíamos en los pueblos y nosotras teníamos que darle la razón, porque mi padre los tenía en un pedestal. Mi madre, cuando nos quedábamos a solas, la criticaba diciendo que era una zopenca, que confundía el ser inteligente con tener más conocimientos. Conocimientos adquiridos por vivir el día a día en un lugar donde convivían diferentes razas, clases de personas y lugares donde ir a adquirir más cultura. Solían presentarse unos días antes de las Fiestas de Navidad, en la época de las matanzas. Teníamos la costumbre de participar en la matanza que hacía un compañero de mi padre, Ezequiel, con el que iba al bar a beber y jugar a las cartas. Ezequiel había sido matarife, pero como consecuencia de la bebida tuvo que abandonar su oficio y fue recogido, gracias a mi padre, en la cuadrilla de peones de albañilería. En unión de otros dos compañeros, compraban un guarro. El guarro lo criaban en el corral de Ezequiel y los participantes ayudaban a su manutención. Después entre todos, con la ayuda de las mujeres y para jolgorio de los niños, se hacía la matanza. Mis tíos, no daban ni un duro, para los gastos que generaban durante su estancia, como tampoco lo daban para la matanza. Eso, sí, se llevaban una buena parte de la chacina. Antes de las Fiestas, regresaban a su casa y seguramente repartirían todo lo que se habían llevado, con los familiares de mi tía. Durante los días que estaban con nosotros, mi padre aparecía más aseado y con unos vasos menos de vino. Acudía a casa más temprano y siempre

trayendo alguna cosa para agasajarlos. Mis pensamientos se vieron interrumpidos al entrar mi madre en mi dormitorio.

—Lola, hija mía. ¿Te encuentras mal? Es muy tarde, deberías de estar dormida.

—No, madre, estoy bien. Pensaba en mi prima.

No quería disgustarle y decirle todo lo que estaba pasando por mi cabeza.

—Me da mucha rabia que siempre venga alardeando de todo lo que sabe y nos tache de analfabetos que no hemos sido capaces de leer un solo libro.

Me miró con cara de tristeza.

—No pienses en ello, hija mía. No merece la pena. ¿Sabes cariño? Uno de los mejores libros, si sabes leer en él, es el libro de la vida. Aunque bien es cierto, que todos deberíamos leer, en un momento de nuestras vidas, un libro.

Tenía un maestro, don José, que además de saber enseñarnos, era una excelente persona. Solía decirnos que las personas inteligentes no desprecian a los demás por ser más torpes o analfabetos. Nunca desprecies a ninguna persona por esos motivos.

La mire extrañada, desconocía que hubiera ido a la escuela.

—¿Fuiste a la escuela, madre?

—Pues claro, hija. Sé leer y escribir y tengo algunos conocimientos de cultura general. Estuve también en una escuela para modistas.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—¿Para qué, hija? ¿Nunca salió una conversación sobre ello? Tú sabes que no me gusta hablar de mi niñez.

Su mirada se tornó triste.

—Por favor Lola, no me hagas preguntas sobre mi niñez. Respeta mi silencio

No lo entendía, pero veía que estaba sufriendo y decidí darle un giro a nuestra conversación.

—He pensado, que podría ir a ver a tu maestro y preguntarle sobre los grandes escritores que hicieron historia en nuestro País.

—Ni se te ocurra ir a molestarle. Es ya muy mayor y seguro que divaga. Reza tu oración y duérmete.

Al quedarme sola decidí que me resignaría, que no me quejaría, que pasaría de las conductas de mis tíos y de mi prima. Aunque ciertos sueños no se hicieran realidad, tenía a mi madre, que con su amor lo suplía.

Buscaría a don José para preguntarle ¿si tan importante era leer un libro? y esperaría a que mi madre, un día no muy lejano, me contara lo que con tanto celo ocultaba. Antes de cerrar mis ojos, susurré mi oración.

“Jesusito de mi vida, eres niño como yo, por eso te quiero tanto y te doy mi corazón, tómallo, tómallo, tuyo es, mío no.” Cerré mis ojos y esperé la llegada del sueño.

CAPÍTULO II

LA CUESTA

Me dirigía hacia el parque, era el lugar de encuentro con mis amigos. Mientras caminaba me iba fijando en mi calle. La tenía cierto cariño. Vivía en una calle donde estaban construidas varias casas de diferentes construcciones. Unas mejores construidas, habitadas por personas que trabajaban como: administrativos, enfermeros, médicos, funcionarios... y otras peores construidas y muy deterioradas, donde vivíamos: jornaleros de diferentes trabajos, albañiles... Esto motivó que nos dividiéramos en dos pandillas, la de los niños pobres y la de los niños ricos y que dividiéramos también el parque. A los ricos les quedó la mejor parte, porque les tocó la fuente. Cómo eran tan egoístas, más de una vez tuvimos que entrar en peleas porque no nos dejaban beber. Peleas que siempre terminábamos por ganar nosotros. Algo que no entendíamos, porque considerábamos que, al estar mejor alimentados, ellos deberían de ser más fuertes. Mi madre me sacó de la duda al decirme, que no estuviese en esa creencia, porque, aunque no sucedía en todas las casas, alguna de aquellas madres derrochaba el dinero en joyas y vestidos para demostrar su poderío sin importarles economizar en los alimentos. Era cierto que no en todas las cosas sucedía lo mismo. Se dio el caso, en el que en una de esas casas a la que ella iba, vivía una familia que tenía una hija, Clara, de mí misma edad, que por mucho que se gastaban en comida, no había manera de que comiera en condiciones, sin embargo, cuando acompañaba a mi madre a su casa, se comía mis pringas. Ello hizo, que un día, su madre nos sentara a las dos a la mesa y le dijera a su hija que si se comía las pringas, tenía también que comer de los otros alimentos. Clara obedeció y su madre al ver mi cara de circunstancias, me dijo que cogiera lo que deseara y me fuera a comer a la cocina. Algo que, a mi madre, no le hizo ninguna gracia, sin embargo, para mí fue un gran disfrute. Clara terminó por comer de todo y a mí nunca me volvieron a dar ningún alimento. Interrumpí mis pensamientos,

al llegar al parque y encontrarme con mis amigos: Inés, David, Marcos y Marta.

Inés, me miró con cara burlona.

—Hola, Lola. Que carita de cansancio.

—Qué carita quieres que tenga con la que está cayendo.

El sol quemaba. Seguro que, si nuestras madres nos hubiesen mandado salir, nos hubiésemos negado.

Inés estaba por fastidiar.

—Lo que a ti te pasa, es que estás disgustada porque ya no podrás estar delante de una pizarra enseñando a los niños y con la palmeta en la mano.

Lo de la palmeta, sería algo que no hubiese hecho, jamás. Odiaba cuando tenía que poner la mano y la maestra con todas sus ganas, me daba palmetazos. Había sido una ingenua por decirle a mis amigos mis sueños. Ellos no dijeron nada sobre si les hubiera gustado seguir estudiando. Ahora me arrepentía, porque Inés lo utilizada, cada vez que se le presentaba la ocasión, para fastidiarme. David, con aquellos ojos azules con la expresión de una inocencia que no tenía, sabiendo como me las gastaba, quiso desviar la atención y comentó.

—Mirad, ya han llegado esos imbéciles con sus bicicletas y por lo que se ve comiéndose unos ricos helados.

Inés se puso furiosa.

—Estáis como atontaos . Todos tan callaos y sin decir nada, no os dais cuenta de que nos muestran sus helados, para chincharnos. Saben que estamos sedientos.

Los miré. Tenía razón, se les veía eufóricos mostrando sus helados.

—A mí me da lo mismo, son tontos. Además de sedientos nada, ¿para qué si no, está la fuente?

Marcos nos miró con una expresión nostálgica.

—Acordaros cuando antes éramos una sola pandilla. Siempre los ganábamos al repión, a los bolindres, al cala, al esconder. No eran malas personas. ¿No sé por qué tuvimos que separarnos?

Marta sonrió.

—Yo lo sé.

Marta no es que fuera mala persona, pero tenía aires de grandeza. Se consideraba la más guapa, en parte tenía razón, sus rasgos empezaban a ser los de una mujer, sus labios eran muy bonitos y sus ojos eran preciosos.

Le encantaba quedarnos en ascuas, pero como Inés la había calado, terminaba siempre haciéndola que hablara.

– ¿Qué lo sabes?

– Pues mira, sí, lo sé, pero no os voy a decir quién me lo ha dicho. Fue por culpa de la madre de Alfredito. Nos considera unos muertos de hambre que nunca iremos a ninguna parte, ni seremos nadie en la vida y le prohibió que se juntase con nosotros.

Precisamente, la madre de Alfredito, cuando, según mi padre, su padre trabajaba en unas oficinas de mala muerte. Pobre Alfredito, todos sabíamos que estaba coladito por Inés, quien pasaba olímpicamente de él.

– Paso. Esos imbéciles me importan una m...

Marcos me aplaudió y comentó.

– Además de imbéciles, cobardes. Si os dáis cuenta siempre se ponen dando la espalda a la cuesta. Les tiene que doler el no tener los suficientes memoles para subirla y bajarla con las bicicletas y más sabiendo que nosotros si lo hemos hecho.

David en un tono conciliador comentó.

– Para ser justo, hay que decir que lo hicimos andando.

Le miré con aires de suficiencia.

– ¿Y qué? Acordaros como se quedaron nuestras rodillas y nuestra ropa, eso sin tener en cuenta las bofetadas que nos dieron nuestras madres. Además, sino lo hicimos en bici, era porque no las tenemos.

La verdad es que tenía razón, en bici era más peligroso. Marta me miró de una forma irónica.

– Estoy segura, que tú serías capaz de hacerlo.

Siempre intentando demostrar que lo sabía todo.

– Pues yo estoy segura que quién mejor lo haría serías...

Entonces cortando en seco mis palabras, gritó mirando a aquellos imbéciles.

– Oye, vosotros. Nos apostamos vuestros helados a que la Lola es capaz de subir y bajar la cuesta en una de vuestras bicicletas.

Se hizo un tenso silencio. Estuve a punto de haberla abofeteado. ¿Conqué derecho había hecho semejante apuesta? No me dio tiempo, ni a darle la bofetada, ni a mandarla a cierto desagradable sitio porque se escuchó la voz del tonto del Alfredito

—Hecho

Miré las caras de mis amigos, en sus ojos expresaban sus deseos de zamparse aquellos helados, que, a pesar de la distancia, parecían deliciosos. Me dio pena y grité,

—De acuerdo. Pero dejad ahora mismo de chuparlos.

Se escucharon varias carcajadas y la voz de Leopoldo, que era el guaperas de su pandilla.

—Que segura estás, lo que demuestra lo ignorante y analfabeta que eres.

Reconocía que tenía una parte de razón, porque si hubiese tenido un mínimo de inteligencia, no habría aceptado. Marcos intentó darme ánimos.

—Tú puedes, Lola, pero si crees que no, no lo hagas.

—No te preocupes, Marcos. Vamos, les demostraré que nosotros somos más valientes que ellos y seremos nosotros quienes nos comamos esos deliciosos helados.

Tenía ciertas dudas, pero como decía mi madre “no hay que demostrar nuestro miedo, ni a nuestros enemigos, ni a nuestros amigos”. Subir la cuesta me costó un esfuerzo increíble. Se escuchaban mezcladas las risas y las voces de mis amigos con la de ellos. Al final lo conseguí. No me atrevía a mirar había abajo, sabía que ello me produciría vértigo. Tenía que superarlo, aunque fuese lo último que hiciese en este mundo. Sin pensarlo más, me lancé cuesta abajo. Ahora se hacía realidad una de las cosas que nos decía Don Teófilo, el cura, la de que tenemos un Ángel de la Guarda y fue Él quien me ayudo a mantenerme en equilibrio. Al llegar al final, hice un pequeño derrapé y me caí de bruces. Me levanté rápido y limpié mis rodillas cubiertas por una mezcla de tierra y sangre. Aquellas heridas eran como quemaduras.

Marta se dirigió a ellos de forma altanera.

—Bueno, nuestros helados.

En un abrir y cerrar de ojos, aquellos imbéciles se llevaron las bolas de helados a sus bocas y las absorbieron ante nuestras

sorprendidas miradas. Lucía una rubia tonta que siempre nos miraba por encima del hombro, contestó de forma displicente.

—Lo sentimos. La apuesta era sin que se hubiese caído.

Marta entonces sin decir palabra y ante la sorpresa de todos. le dio una sonora bofetada. Sin saber cómo, todos empezamos a pegarnos, algo que hacía mucho tiempo que no sucedía. Sentí como me agarraban del brazo y tiraban de mí. Era mi madre, la expresión de su cara demostraba su descomposición. Me dio dos bofetadas que bien que me dolieron. Empezaron aparecer el resto de las madres y se lio un guirigay impresionante. Se escuchaban voces con palabras desagradables, tanto por parte de sus madres, como por parte de las nuestras, aunque la mía no entró en el escándalo y cogiéndome fuertemente del brazo, me llevó a casa.

—Estoy segura que ha sido tú quien ha empezado todo. Sabes de sobra que trabajo en la casa de esos niños. A partir de mañana vas a dedicarte a limpiar el gallinero y el corral, verás como no te queda tiempo para gamberradas. En cuanto llegue el invierno te vendrás conmigo a esas casas y no solo para limpiar el polvo.

CAPÍTULO III

LA SEÑORA ENGRACIA

Mi madre, esta vez no me levantó el castigo y me obligó a limpiar el gallinero y el corral, porque por si hubiese sido poco lo ocurrido, la echaron de dos casas en las que trabajaba, diciendo, que no entraban en sus casas a las madres que no sabían educar a sus hijos. Hijos que iban predestinados a ser unos delincuentes. Aquello tuvo que dolerle y mucho, pero no comentó nada. A mí no me importaban los comentarios de esas cursis, pero en aquella ocasión me dolieron porque sabía el daño que le habían hecho a ella. Después de todo tenía que dar gracias a que solo me hubiera castigado a limpiar el gallinero y el corral, porque mi casa tenía tres dormitorios y un comedor, que eran enormes. Había otras dos habitaciones más pequeñas, en una estaba una cocina destartalada, con infiernillos de carbón y en la otra, un váter, lavabo y un barreño de cinc de gran tamaño, que era donde mi madre y yo nos lavábamos todas las semanas. De mi padre no sabría qué decir, ya que nunca le vi hacerlo. Cumpliendo el castigo, estaba limpiando el gallinero y recogiendo los huevos. Había pasado una mala noche por culpa del gallo, se había puesto a cacarear a las seis de la mañana. Al verle pavoneándose delante de las gallinas con aquella cresta tan tiesa, me dieron deseos de haberle tirado con la cesta donde llevaba los huevos. El gallo tenía que ser inteligente y tuvo que presentir mis malas intenciones porque intentó picarme, pero al ver como levantaba la cesta de forma amenazante, desistió. Estaba contenta porque las gallinas habían puesto, quince huevos. No había hecho nada más que poner la cesta encima de la mesa de la cocina, cuando sonó el timbre. Me hubiese apostado un real a que quien llamaba era la señora Engracia. La señora Engracia era viuda. Según comentaba mi madre, había tenido un hijo, aproximadamente de la misma edad que ella. Se había marchado al extranjero y hasta la fecha, no había tenido noticias de él. Su marido la había tratado como una reina. Le quedó una buena paga. Paga que se estaban

puliendo unos sobrinos egoístas, que solo venían a llorarle para hablarle de sus enfermedades y de sus deudas y a que les soltase los cuartos, porque cuando caía enferma quien la cuidaba era mi madre. La señora Engracia era muy agradecida y, aunque mi madre no quería cogerle dinero, la obligaba a ello y a mí solía hacerme dulces y magdalenas, y eso que hacía solo unos años, que, junto con mis amigos, le había hecho de rabiarse tocando el timbre de su casa para después correr como despavoridos, mientras escuchábamos sus gritos amenazantes. Cuando me cogía desprevenida me tiraba de las orejas y me decía “¡Ay! picara, lo que me has hechos de rabiarse”. También solía mandarme a hacerle los recados y últimamente le iba a la farmacia a por sus medicinas. La farmacia estaba situada en la calle principal. Siempre me atendía el hijo del farmacéutico. Era muy cariñoso. Me daba caramelos y hubo veces en las que incluso quiso darme una peseta, pero yo no la cogía. Para mi sorpresa, solía decirme que, si algún día tenía problemas, no dudara de acudir a él. El sonido del timbre, al sonar nuevamente, me sacó de mis pensamientos.

Abrí la puerta, como había supuesto, allí estaba la señora Engracia mirándome de forma desconfiada. Sin darme tiempo ni a saludarla se introdujo en mi casa y con la mirada, en un momento, lo recorrió todo. Seguramente que incluso las habitaciones, cuyas puertas estaban cerradas.

—Buenos días niña. Has tardado mucho en abrir la puerta. ¿No habrás hecho alguna de las tuyas?

—Señora Engracia, claro que no... ¿cómo puede usted pensar semejante cosa?

Soltó una risita.

—Pórtate bien, que ya vas siendo una mujercita. Venía a ver si me vendías media docena de huevos.

En venganza por sus tirones de oreja, me dieron deseos de decirle, que las gallinas no habían puesto ninguno, pero recordé sus regalos y sus dulces. Puse los seis huevos en su cuenco y tendí la mano para que me los pagase.

—No he traído dinero, luego se los pago a tu madre.

Me dio coraje porque sabía que mentía, lo que ocurría es que no se fiaba de mí. Yo sería una gamberra, pero era muy honra. Estuve a punto de decirle que de quien no tenía que fiarse era de sus sobrinos, que solo venían a sacarle las perras, me calle y no solo porque se lo pudiera chivar a mi madre, también porque me daba pena, en el fondo la tenía cariño.

Estaba leyendo un tebeo cuando llegó mi madre. Su aspecto demostraba lo cansada que tenía que estar.

—Madre ha venido la señora Engracia. Estoy segura que lo ha hecho para vigilarme. Se ha llevado media docena de huevos, que no me ha pagado, poniendo la disculpa de que no traía dinero. Pensará que te voy a engañar y que me iba a quedar con las perras.

—Anda no digas bobadas, Lola. No seas mal pensada. Ves poniendo la mesa, voy a lavarme y quitarme este sudor pegajoso.

Mientras hablaba se había dirigido a la cocina. Sacó de un hueco oculto, una caja de cartón donde guardaba las pesetas que ganaba. Se giró y me vio que la estaba observando.

—Anda, no seas chinchorrera y haz lo que te he dicho.

—Madre, dime ¿cuánto tienes ahorrado?

Me miró sonriente.

—Doce duros y tengo otro duro en la ...

El sonido del timbre la impidió terminar. Pensé que otra vez sería la señora Engracia, pero no, era el prestamista.

—Buenas tardes Josefa. Vengo a ver lo que me puedes dar. Antonio me debe diez duros y cuatro pesetas y, antes de un mes y medio, tiene que quedar saldada la deuda.

Mi madre intentaba controlar sus lágrimas. Estuve a punto de darle, una patada en las espinillas, pero al ver la cara de bestia del hombre que le acompañaba me contuve.

—Tenga usted cinco duros. Antes del fin de mes le pagaré el resto.

Las pesetas desaparecieron rápidas en sus manos.

—Ya sabes que será más dinero.

Cuando se marcharon, mi madre se recostó en la pared, unas lágrimas silenciosas corrían por sus mejillas. No sabía qué hacer, si

echarme a llorar o dar patadas a puerta. La estreché entre mis brazos.

—No te preocupes, madre. Ya verás como mi padre termina por cambiar.

—No hija, no. Las personas nacemos ya con ciertas formas de ser y si por desgracias nuestros padres no nos dan buenos ejemplos, terminamos siendo mucho peores, quizás por ello no seríamos tan culpables de nuestras acciones.

La estreché entre mis brazos, dándole gracias a Dios por haberme dado una madre tan comprensiva.

CAPÍTULO IV

LA CONFESIÓN

Era domingo, me dirigía hacia la Iglesia, llevaba unos cuantos domingos que no acudía a la misa porque mi madre cuando me castigaba, no me dejaba salir a la calle ni para ir a los Santos Oficios. Eso sí, me hacía rezar unas oraciones ante una estampa del Nazareno, que guardaba como oro en paño. Me había levantado el castigo a cambio de prometerle que no volvería a montar en bici y que iría todos los domingos a misa y me confesaría. Tendría que haberse enterado por don Teófilo, de que faltaba algún que otro domingo. En la puerta de la Iglesia se encontraban Marcos, Inés y David. Marta sonrió al verme.

—¡Que alegría Lola! A nosotros también nos han levantado el castigo, pero con la condición de venir a misa y confesarnos. Aunque a mí me han castigado injustamente, no fui la culpable de la que se lió, ni siquiera me monté en la bici.

Todos esperaban mi reacción. Le iba a contestar que era una falsa, de las que tiraban la piedra y escondían la mano, pero pensé que tendría que confesarlo y preferí mantener la boca cerrada. Me límite a decir.

—Entremos o don Teófilo nos tirara de las orejas.

Llego el momento de confesarme.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebido, padre.

—Dime ¿Desde cuándo no te confiesas, hija mía?

Lo cierto es que no me acordaba.

—No me acuerdo padre.

Se escuchó una especie de gruñido.

—No empecemos, Lola... Hoy no me encuentro bien y no quiero alterarme. Dime, ¿de qué te acusas?

No sabía por dónde empezar, si por la cuesta o por las contestaciones a mi madre.

—Padre, no sé...